

EL DEPORTE RITUALIZADO Y SU IMPORTANCIA EN LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD

*Ricardo Sánchez Martín,
Licenciado en Antropología Cultural.*

*"El deporte es un mundo polifacético
en perpetua evolución"*

Jean Le Floc'hmoan

Introducción

Muchas veces hablamos del deporte como medio de educación. Creemos que el ritual deportivo ofrece unos valores útiles en la formación de la identidad. Ahora bien, estos valores no han sido siempre los mismos, ni el espectáculo deportivo ha tenido las mismas funciones. Nuestro propósito es acercarnos a las relaciones que se articulan entre el concepto de identidad y su formación, y el deporte de masas entendido como espectáculo ritualizado.

Con el presente ensayo, de carácter hermenéutico (interpretativo de la realidad ya mediada), vamos a analizar cómo estas relaciones han variado a lo largo de la historia acompañando las

transformaciones que han ocurrido en la sociedad entendida como "un todo" (holísticamente). Para ello, vamos a realizar, con fines analíticos, la siguiente clasificación: sociedad tradicional, moderna y posmoderna.

La idea fundamental es que la formación de la identidad se da siempre en relación con "el mundo instituido de significado" de una sociedad. Este mundo "lleno de sentido" es una construcción de la propia sociedad para entenderlo y entenderse. Desde esta óptica, la identidad surge de la relación entre el individuo y la sociedad: "Las estructuras sociales específicas engendran tipos de identidad, reconocibles en casos individuales. (...), la orientación y el comportamiento en la vida cotidiana depende de esas tipificaciones..." (Berger y Luckmann, 1986, p. 216). Cuando sólo

hay un "centro" creador de significado (la Religión) la identidad individual está íntimamente vinculada con la colectividad, al tiempo que ésta aparece sacralizada (legitimada por lo sagrado). Conforme se produce la multiplicación de estos "centros" (Economía, Política, etc.) es más difícil la aparición de una conciencia colectiva y, por tanto, la identidad de las personas resulta más compleja perdiendo también su carácter sagrado y se seculariza. Por fin, cuando los sentidos (valores) que otorgaban estos múltiples "centros" se desmoronan, los individuos pierden su identidad y, todo lo más, sólo se producen identificaciones efímeras con los "roles" que desempeñan.

No está de más señalar la polisemia (multiplicidad) de valores y de significados de todo hecho social. También



El árbitro, al fondo, observa atentamente como se pelean los luchadores con brazalete. El combate acaba en el momento en que pone su bara entre ellos.

el deporte (si es que puede hablarse con este grado de generalidad) es polisémico y permite numerosas interpretaciones. Somos, por tanto, conscientes de no abarcar su totalidad.

Sociedad tradicional: el "Nosotros" sacralizado

La sociedad tradicional está fundada en la existencia de una conciencia colectiva común que se construye en base a la religión como primer discurso creador de "un mundo instituido de significado".

"La esfera de lo sagrado se manifiesta como un 'centro', como la producción de un 'espacio social' dentro del cual se proyecta la autorrepresentación de la sociedad como el 'nosotros social', como el ideal de sociedad" (Beriain, 1990, p. 15).

Vemos como la religión asume la tarea de producir sentido ya que su lenguaje produce una totalidad de significado al ser portadora de los marcos de pensamiento que permiten entendernos sobre algo (construcción simbólica de la realidad). El individuo de esta sociedad, simplemente por ser miembro de ella, por pertenecer, participa de la conciencia colectiva, el "nosotros", que construye la religión por medio del ritual. El ritual, mediante la articulación de símbolos y la proximidad (el estar juntos), produce la solidaridad ética (el sentir en común).

En este tipo de sociedad el deporte se halla profundamente ligado a la religión y a lo sagrado: "Todos los ejercicios físicos fueron cúltricos en sus orígenes" (Diem, 1971, citado por García Ferrando, 1990, p. 39).

Así, el análisis sobre el juego de pelota mesoamericano realizado por Girard pone de manifiesto cómo en el libro sagrado de los quichés aparece el invento del juego de pelota relacionado con el movimiento diurno de los astros. Por su parte, Seler supuso que la pelota de ulli representaba el disco solar, con lo que se simbolizaba la sucesión del día y la noche, la lucha eterna entre el sol y la luna. Hay otras opiniones, como la de Krickeberg que relaciona el juego de pelota con los sacrificios sangrientos; o la de Tudela quien cree que el juego encarna la lucha entre las fuerzas mortíferas del invierno y las fuerzas fecundas de la primavera. Todas estas opiniones vinculan el espectáculo deportivo con la transmisión de creencias sobre la cosmogonía.

Pero el juego de pelota ofrecía también una valoración social y moral al reiterar unos principios sobre la victoria y la derrota frente al pecado. El valor didáctico del juego de pelota explica su localización en los grandes centros ceremoniales.

Sobre el papel que juega el deporte-espectáculo en la sociedad tradicional como práctica ritualizada, creo conveniente hacer una referencia al trabajo realizado por Jeu (1989) sobre el deporte en Grecia. En su análisis se aprecia cómo éste nace en el seno de lo sagrado y otorga sentido e identidad a los individuos como parte de la colectividad ("nosotros"):

"En resumen, los juegos poseen un valor solemne y sacramental. Son reveladores de la verdad de los destinos. A través de ellos se alcanza el orden del mundo y la sumisión al mismo. Se trata, pues, esencialmente de una cosmogonía. Tal es el contexto sacralizado que sirve de referencia para la relación en que se sitúa el conjunto de



los destinos, destinos individuales, quizás, pero más aún los destinos colectivos" (Jeu, 1989, p.58).

El discurso simbólico junto con la proxemia reforzada por el ritual (en forma de espectáculo deportivo) conduce a ese "estar juntos" que provoca la reafirmación de lo colectivo como "divino social" del que se nutre la identidad sacralizada.

La Modernidad: el proyecto del "Yo"

Lo que distingue a la modernidad de la sociedad tradicional es que la religión, como primer discurso, como "centro", que totaliza el sentido de las prácticas sociales y culturales y las dota de significación, se "descentra", pierde el "centro simbólico estructurador" de la vida del grupo. En efecto, con la modernidad se produce una proliferación de "centros simbólicos" creadores de sentido: el arte, la cultura, el derecho, la política, la economía, etc. Todos estos nuevos "centros" se separan de la religión que pierde el monopolio simbólico y pasa a ser uno más de los múltiples discursos que pretenden pensar y explicar el mundo (Beriaín, 1990).

Un momento clave para el proyecto de la modernidad será el fin de la Edad Media, ya que con el Renacimiento se van a dar los más radicales cambios técnicos, científicos y políticos que van a conducir a una nueva estructura social basada en la importancia del Progreso (científico-técnico, histórico, etc.), el Estado (trascendencia de la política), y la idea de Individuo autónomo.

Con la separación de lo sagrado se produce un proceso de secularización en el que los nuevos centros van a seguir su propia lógica autónoma. "La modernidad es hija de la secularización" (Reyes Mate, 1986, p. 16). Así, la Política, por ejemplo, se desvincula de lo sagrado y se funda en la búsqueda del sistema más justo y adecuado. Un determinado régimen no puede justificarse por "voluntad divina", sino que tendrá que legitimarse en base al Derecho, etc. Otro caso paradigmático sería el de la ciencia que a partir de su

racionalización experimenta un cambio radical. Acompañando a todo este proceso de descentramiento y secularización, la práctica y el espectáculo deportivo se desligan de lo sagrado, se profanizan. Aparece una progresiva especialización acompañando el aumento de roles en la sociedad; se pasa a hablar de salud, educación, etc., como finalidades que legitiman la práctica deportiva.

Pero antes de pasar a observar el papel del deporte en la modernidad es conveniente analizar qué pasa con la identidad en esta nueva situación. La identidad no se puede basar en una conciencia colectiva que abarque la sociedad entera. Al aparecer multitud de esferas, roles y símbolos, la formación de la identidad, tanto colectiva como individual, se ha vuelto muy compleja.

La pluralidad de valores hace que algunos de ellos entren en conflicto pues se basan en principios antagónicos, al tiempo que provocan tensiones dentro de la sociedad. "Dentro de este marco, podemos discernir las fuentes estructurales de las tensiones en la sociedad: entre una estructura social (principalmente tecnoeconómica) burocrática y jerárquica, y un orden político que cree, formalmente, en la igualdad y la participación; entre una estructura social que está organizada fundamentalmente en base a roles y a la especialización, y una cultura que se interesa por el reforzamiento y la realización del 'yo' y de la persona 'total'. En estas dicotomías se perciben muchos de los conflictos sociales latentes que se han expresado ideológicamente como alienación, despersonalización, el ataque a la autoridad, etc. En estas relaciones adversas se percibe la separación de ámbitos" (Bell, 1987, p. 26).

Con esta larga cita queríamos evidenciar las fricciones sociales que aparecen como consecuencia del proceso de secularización. Es en este punto donde, a nuestro juicio, el espectáculo deportivo adquiere gran importancia. A pesar de su racionalización, el deporte sigue siendo un instrumento de transmisión de cultura que va a reflejar los valores básicos del marco cultural en el que se desarrolla. Así, Guttman afirma que son siete las características

que aparecen con los deportes modernos: secularismo, igualdad de oportunidades, especialización en roles, racionalización, organización burocrática, cuantificación y búsqueda del récord. Como podemos apreciar, el deporte une dentro de sí aspectos que entraban en contradicción en otras esferas de lo social. Por ejemplo, la igualdad como base de la política democrática entra en contradicción con la diferenciación (desigualdad) económica; en este caso, la práctica deportiva se muestra como enlace entre ambas esferas puesto que "culmina en la creación de una separación diferencial entre jugadores individuales o entre bandos, que al principio nada designaba como desigualdades. Sin embargo, al final de la partida, se distinguirán como ganadores y perdedores" (Lévi-Strauss, 1984, p. 58).

Al individuo (como al grupo), que debe participar en más de una esfera de lo social, le resulta menos difícil formar una identidad cuando consigue poner de acuerdo los valores sobre los que se construye su vida cotidiana. He aquí uno de los factores que justifican la importancia del espectáculo deportivo en la modernidad.

Pero veamos alguno más. Mientras en la sociedad tradicional prácticamente no se puede hablar de identidad individual, puesto que ésta no es más que un apéndice de la colectiva, no sucede lo mismo en la modernidad. Con la modernidad aparece el concepto de Individuo autónomo.

A este "nuevo" individuo no le viene dada la identidad por la simple pertenencia al grupo, al "nosotros" colectivo, sino que, como ser autónomo, elige entre las nuevas esferas que "ordenan" el mundo, que ofrecen "sentido" con sus propios criterios de validez. Ahora bien, estos nuevos discursos, aunque profanizados y racionalizados, siguen siendo trascendentes (al propio individuo). Tenemos, por ejemplo, el análisis realizado por Maffesoli (1981) sobre la relación existente entre la escatología cristiana (la salvación) y algunos de los discursos que se articulan en torno a la idea de progreso hacia adelante (el marxismo entre otros). De este modo, la identidad en la modernidad se constru-

ye desde una perspectiva formal (ideal) en base a un proyecto (elegido) orientado hacia el futuro. De forma gráfica podríamos decir que en las “señas de identidad” de un individuo concreto ya no encontraríamos principalmente su fe religiosa (cristiano, musulmán, etc.) sino que, suplantándola o acompañándola, estaría también su filiación política (demócrata, comunista, etc.) y/o su proyecto económico (liberal, socialista, etc.); o le reconoceríamos como artista, deportista o científico. Ahora bien, encontraríamos en todos estos tipos de identidad una finalidad basada en un proyecto (derecho, desarrollo, cultura, salud, ciencia). No se produce, como antes, una solidaridad ética (sentir en común) sino una solidaridad moral (lógica del deber-ser).

Sintetizando, podemos decir que en la modernidad la formación de la identidad se caracteriza porque:

- El “yo” adquiere autonomía frente al “nosotros” colectivo.
- Elige entre varias ofertas de sentido.
- Su identidad sigue siendo trascendente.
- Se construye en base a un proyecto de futuro.

Ante esta nueva situación el deporte-espectáculo ofrece de cara a la formación de la identidad:

- Un medio de transmisión de los valores básicos de la nueva sociedad (secularización, productividad, proyecto-récord, etc.).
 - Un nexo de unión de varias esferas basadas en principios antagónicos (política, economía, cultura).
 - Sigue manteniendo una proxemia que favorece el estar juntos frente a la finalidad predominante en otras áreas.
- Todo lo anterior nos lleva a formular la siguiente pregunta: ¿qué pasa con la conciencia colectiva, con el “nosotros”? Siguiendo a Beriain (1990, p. 205), podemos ver como la formación de la identidad colectiva se vuelve compleja pero no desaparece. Se constituye por un proceso de identificación-diferenciación de los proyectos (finalidades) de un colectivo determinado: político, económico, militar, religioso, etc.

Pero a nuestro juicio, el espectáculo deportivo aporta también un tipo de



“nosotros” mucho más relacionado con el “divino social” que se daba en la sociedad tradicional; una identidad colectiva provocada no por el proyecto sino por la emoción, por ese “sentir en común”, por el “estar juntos” que provoca la unidad tribal. En referencia al fútbol escribía Jáuregui (1978, p. 211): “aquí estamos en presencia de un fenómeno en apariencia moderno y característico de nuestra civilización occidental. En realidad, se trata de una forma exterior, moderna y civilizada, que expresa algo interno, atávico y primitivo, como es el sentimiento tribal y las contiendas y luchas a que da lugar.”

Así, el individuo moderno podía elegir entre varias “señas de identidad” formales y trascendentes, al tiempo que, por momentos, el “divino social” tomaba cuerpo a través de una emoción colectiva que el deporte espectáculo se encargaba de provocar periódicamente.

La Posmodernidad: tiempo de “Des-encanto”

Con la sociedad postindustrial se produce una nueva “transvasación” de los valores sociales. Aquellos “centros” creadores de significado, metanarrativos que otorgaban sentido y finalidad a nuestra vida, entran en crisis.

Uno de los primeros discursos (meta-

lenguajes) en entrar en crisis es el del crecimiento económico lineal. Con la aparición de las recesiones periódicas que sufre la economía occidental y el “desarrollo del subdesarrollo” del Tercer Mundo, se pone en duda toda la construcción sobre la que se articulaba. Lo mismo sucede con otras esferas del “construir-representar social”. En la política el caso más extraordinario sería el fin del llamado “socialismo real”, pero el papel del Estado y la Política con mayúsculas ya se habían puesto mucho antes en entredicho. A este respecto debemos recordar el progresivo desinterés que muestra una buena parte de la población, en las democracias parlamentarias, por las cuestiones “políticas” e incluso el menosprecio que se manifiesta por la “clase política”.

También la ciencia y la técnica han sufrido esta revisión crítica. Toda la modernidad se construye en base a la racionalidad; la razón será el punto de anclaje del hombre moderno: “El hombre secular puede pasarse sin lo sagrado. Es primo hermano del hombre tecnológico, que no sólo entiende el universo, sino que lo domina con sus conocimientos científicos y sus recursos tecnológicos” (Fernández del Riego, 1990, pp. 81-82). Ahora bien, poco a poco el paradigma científico y tecnológico va perdiendo trascendencia al no conseguir solucionar todos los problemas que aquejan al hombre, al tiem-

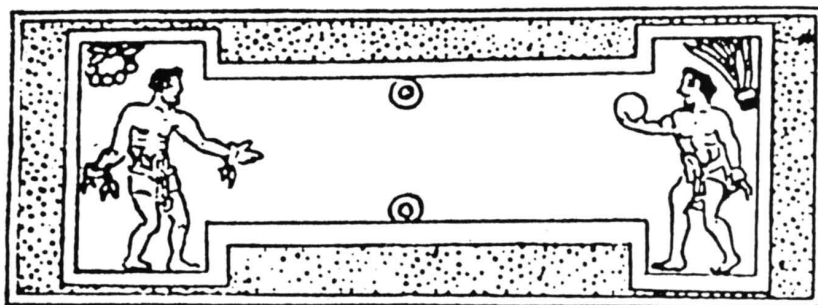
po que parece crear nuevos: armas con mayor capacidad destructiva y letal, enfermedades desconocidas hasta ahora se convierten en "plagas" posmodernas, etc. La propia filosofía de la ciencia critica la idea de progreso lineal y la sustituye por la de "revoluciones científicas", que implican un salto cualitativo, un cambio radical de paradigma (Kuhn, 1986, p. 135).

En efecto, parece que todo se desmorona. La modernidad que había sacado su fuerza de los proyectos y por lo tanto había situado todas las cosas en el marco del progreso histórico, se ve destruida por la propia historia que ha relativizado la experiencia. Parafraseando a Balandier podríamos decir que la posmodernidad es el movimiento más la incertidumbre.

Primero tuvo lugar el descentramiento y secularización de los grandes meta-lenguajes (economía, política, arte, etc.); después su derrumbe, la época del "des-encanto". En esta situación, ¿cómo contruye el individuo posmoderno su identidad?

Para muchos autores es más adecuado hablar de identificaciones ya que este individuo establece una relación efímera con todo lo que constituye su personalidad y su identidad. Beriaín ha descrito muy bien la identidad de este nuevo individuo. "Ante este 'fin sui generis' de las ideologías (...) surge un tipo social que es el fiel reflejo de la época en que vivimos: 'el cínico', que, como 'falsa conciencia ilustrada' responde a la pregunta: ¿nuevos valores?, con un no, gracias" (1990 b, p. 273).

El papel del deporte en relación con la formación de la identidad social también se va a modificar. Habíamos dicho anteriormente que el deporte-espectáculo puede, y debe, ser considerado como un ritual que transmite los valores básicos de la cultura y la sociedad donde se asienta. Son varios los autores que han viciado la aparición de nuevos deportes donde hay un predominio del riesgo y la velocidad con la nueva situación económica y la propia dinámica de la



Pista y jugador de pelota (de la obra de Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 1807-1880, pág. 8).

sociedad. Para Laraña (1989), la velocidad se ha convertido en un elemento central de nuestra cultura que tiene como consecuencia la expansión del riesgo. Tanto es así, que varios deportes han optado por modificar el reglamento adaptándolo a esta nueva situación (el tiempo de posesión del balón en baloncesto sería un ejemplo).

Pero a nuestro modo de ver, es otro aspecto del espectáculo deportivo de masas el que conviene destacar. Este individuo "des-encantado" de los conceptos que produjo la Modernidad: razón, historia, progreso, emancipación, etc., va a recurrir a otro tipo de identidad, que no va a estar relacionada con un futuro o una finalidad sino con el presente y donde va predominar lo corpóreo frente a lo abstracto. En estas circunstancias "las manifestaciones deportivas populares son ritualizadas; mueven y liberan las pasiones, a veces hasta el motín, ilusionando y contribuyendo así a las compensaciones imaginarias. Existe un culto de la religión deportiva..." (Balandier, 1988, 273).

El espectáculo deportivo se convierte en una "religión" en tanto que re-liga. Es decir, une gracias a la proxemia que permite una red de relaciones. Estas redes facilitan la constitución de microgrupos a partir del sentimiento de pertenencia. Los colores, los cantos, el "estar juntos" provocan que el individuo sea "parte de" un grupo. No debe extrañarnos en estas condiciones que si el acontecimiento deportivo mate-

rializa la "religiosidad" (*religare*) de nuestra ciudad, el estadio sea convertido en lugar sagrado (*ecclesia*)-como anécdota podemos recordar el caso del estadio de San Mamés llamado popularmente "la Catedral". En este sentido, el estadio como espacio de lo "vivido en común" se convierte en lugar de vínculo donde se muestra el "divino social", la socialidad del grupo. En él, la "re-ligación" fundada en la proximidad, el contacto y la solidaridad provoca la "comunidad" del grupo. En efecto, "como el proyecto, el futuro y el ideal ya no sirven de argamasa de la sociedad, el ritual (deportivo), al confrontar el sentimiento de pertenencia, puede jugar este papel y permitir, así, la existencia de grupos" (Maffesoli, 1990, 244).

No obstante, esto también implica ciertos peligros. La violencia entre diversos grupos (tribus) seguidores de clubs deportivos es un tema de actualidad. Hasta qué punto esta violencia es una manifestación de todo lo anterior es algo que analizaremos en sucesivos artículos. También será útil preguntarnos sobre las posibilidades que tiene el deporte-espectáculo para introducir nuevos valores en la sociedad, ya que es evidente la necesidad que tiene el hombre actual de volver a contar con sólidos marcos de referencia que orienten y den sentido a su vida.

Con todo, en un mundo "des-encantado", el ritual deportivo aún nos ofrece un antídoto: es capaz de "ilusionarnos".

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *El deporte a la luz de la ciencia. Perspectivas, aspectos, resultados*, Instituto Nacional de Educación Física, Madrid, 1974.
- BALANDIER, G., *Modernidad y poder. El desvío antropológico*, Ediciones Júcar, Madrid, 1988.
- BELL, D., *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Universidad, Madrid, 1987.
- BERGER, P.; LUCKMANN, T., *La construcción social de la realidad*, Amorrotu, Madrid, 1986.
- BERIAIN, J., *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990.
- BERIAN, J., "Modernidad y sistema de creencias", *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990.
- BLANCHARD, K.; CHESKA, A., *Antropología del Deporte*, Bellaterra, Barcelona, 1986.
- FERNÁNDEZ DEL RIESGO, M., "La posmodernidad y la crisis de los valores religiosos", *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990.
- GARCÍA FERRANDO, M., *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica*, Alianza Deporte, Madrid, 1990.
- JÁUREGUI, J.A., *Las reglas del juego. Las tribus*, Espasa-Calpe, Madrid, 1978.
- JEU, B., *Análisis del deporte*, Bellaterra, Barcelona, 1989.
- KUHN, T.S., *La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., Madrid, 1986.
- LARAÑA, E., "Esport i cultura en la societat contemporània. Els nous esports", *Apunts. Educació Física i Esports*, n. 15, marzo 1989.
- LEVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, F.C.E., Méjico, 1984.
- MAFFESOLI, M., *La violencia totalitaria*, Herder, Barcelona, 1982.
- MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus*, Icaria, Barcelona, 1990.
- MAFFESOLI, M., "La sociabilidad en la posmodernidad", *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990.
- MARDONES, J.M., "El neo-conservadurismo de los posmodernos", *En torno a la posmodernidad*, Anthropos, Barcelona, 1990.